El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8159 — DIARIO DE LA NOCHE — TELÉFONO NÚMERO 4

PRECIOS DE SUSCRICION.

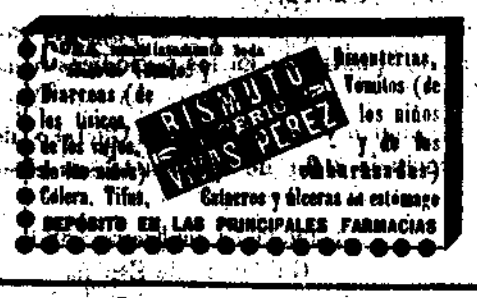
Cartagena,—1 mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id. *Provincias*, tres meses, 7'50 id.—*Extranjero*, tres meses, 11'25 id.—La suscrición empezará á contarse desde 1.° y 16 de cada mes.
Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los conceptos, remitidos y comunicados, se reserva derecho de no publicar lo que reciba, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París (E. A. Lorette, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones, Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Stret, Mr. C 166.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Jueves 17 de Enero de 1889



CANTARES

No hay una niña que tenga
Lo que tiene Encarnación:
Dos ojos de tiro rápido
cargados con ilusión,
Es menester que el Alcalde
Publique un bando en verano
Para que se den las duchas
con chocolate de EL BARCO.

Los cafés empaquetados y tés de la gran fábrica EL BARCO DE VALENCIA han obtenido la única *medalla de plata* en la Exposición Universal de Barcelona, y los chocolates la misma medalla de oro.

Representante para las ventas al por mayor en la provincia de Murcia, Benigno Sánchez Risueño 3, Caridad, Cartagena.

SECCION — La China — Lanas fantasía

CENTRO DE NOVEDADES
Viñas y Sánchez
Marina Española, 49, Cartagena

Al contado cinco por ciento de bonificación en las compras que excedan de 25 pesetas

Lanas inglesas para caballero
CONFECCIONES
GUANTES — Terciopelos — ENCAJES

TAPICERO ADORNISTA
SE NECESITAN COSTURERAS
Mediera, 6, segundo.

LA MESA DEL PRESUPUESTO.

He aquí un tema verdaderamente nacional.

La tal mesa considerada como simple mueble, presenta inmejorables condiciones de estabilidad y solidez, pues sobre ser de maciza caoba, se halla empotrada en las entrañas de la patria y no hay cuidado que pueda sufrir el más pequeño desperfecto. Nada temen, por lo tanto, los gastrónomos presupuestívoros, pues se comerá en ella hasta la consunción de los siglos.

El mamoseo en cuestión, tiene su centro en Madrid, desde cuyo punto se extiende en diversas y prolongadas alas por todos los ámbitos de la península, islas adyacentes y posesiones de Ultramar, traspasando también los límites de nuestra nacionalidad para tener siquiera un sitio en casi todos los pueblos civilizados del planeta.

La mesa del presupuesto es, sin duda, la mejor servida que en España se conoce, y los manjares que en ella se presentan son de lo más sabroso y exquisito que puede imaginarse.

¡Cuán seductora es para los españoles la vista de esa interminable y explendida mesa revuelta!

¡Qué cuajada de riquísimos platos y excitantes entremeses!

Fijad en ella la mirada y la veréis profusamente cubierta de carteras ministeriales del más refinado gusto, de uniformes de todas clases, de mantos birretes, enforchados, cintas y colgajos, bandas condecoraciones, capaces por sí sólas de abrir el apetito presupuestívoro del mortal más recalcitrante y desengañado del mundo.

Varía el «menú» según el gusto de los que sirven la mesa; mas como plato diario, como plato indispensable figura siempre la tan decantada «sopa boba.» Esta mesa maravillosa nunca se halla desierta, pero si á lo mejor de la función como ocurre á cada paso, desaparece de pronto el dueño de la casa, al presentarse el nuevo señor tiemblan y palidecen los presupuestívoros como si se encontraran en casa de «Lucrecia Borgia:» cáenseles los tenedores de las manos y tratan solo de aguzar el ingenio para poderselas echar de adoradores del naciente sol que en estos casos es siempre el que más calienta, no quedándoles otros recursos que el de buscar relaciones de amistad y recomendaciones de todo género para resolver satisfactoriamente el pavoroso problema de comer ó no comer; sin tener en cuenta que es forzoso ceder los apetecidos manjares á la voracidad de los amigos del afortunado mortal que ha logrado hacerse cargo del manejo de la casa para disponer á su antojo de la codiciada mesa con todas sus viandas y golosinas.

Existen, sin embargo gastrónomos de tan desenfrenado apetito que siguen engullendo tranquilamente con solo cambiar de actitud y volver la casaca en señal de respeto y admiración á los nuevos señores.

Tal procedimiento, no obstante, es tan solo eficaz y provechoso para ciertos individuos de cuyo concurso puede sacarse algún partido, pues para otros infelices de nada sirven los bruscos cambios ni los cambios de conversión.

¡Hay en está España tanta casaca que no pueden volverse de ningún modo!

¡Son tantos los que no pueden dar «salto mortal» sin correr gravísimo riesgo de dar con sus huesos en tierra, comprometiendo la integridad de su personal

La mesa del presupuesto es nuestra eterna manía Casi todos los españoles nos hemos sentado á ella, y los que nó, aspiran, salvo raras y muy honrosas excepciones, á probar la eficacia de los suculentos platos que ofrece.

Y se comprende hasta cierto punto tal deseo, puesto que por un lado los españoles somos por naturaleza algo dados á la holganza y estamos por desgracia acostumbrados á contar con alguien que provea constantemente á la satisfacción de nuestras necesidades, y por otro nuestra industria está empobrecida, nuestro comercio no se halla en estado floreciente y se encuentran casi cegadas las fuentes del trabajo nacional.

Por esta razón media España trata de comerse á la otra mitad

La cuestión es dar con la fórmula.

Antes los españoles nos hacíamos nobles; hoy nos hacemos empleados.

Antes contábamos con la mesa del mayorazgo; hoy tenemos á nuestra disposición la mesa del presupuesto.»

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número del martes.

AMERICANA.

* * *

Charada.

Prima y dos es una prenda
que no debemos vender,
y primera tras segunda
nombre de mi amada es.

José M. Cepero.

La solución en el número próximo.

LOS DEL CAMPO

Quiero que sepan ustedes que yo tenía un tío. Que este tío era solterón y bien acomodado.

Ya comprendo que á ustedes les tendrá sin cuidado, pero luego irán viendo el por qué de mi asunto.

Pues sí: ese tío que ya tenía muchos años, tuvo á bien morirse el día del Córpus del año último.

El infeliz fue víctima de un ataque de asma que en tres días lo llevó de este al otro barrio.

Pasados los primeros momentos, fue preciso buscar el testamento por si en él hacía algunas observaciones dignas de tomar en cuenta para su enterramiento, y en efecto, encontrado que fue, se leyó en alta voz por toda la familia, la cual consistía en una hermana y dos sobrinos.

El bueno de mi tío, disponía que el entierro se verificara con gran modestia, sin papeletas de convite, con una docena de acogidos de la hermandad que á su muerte asistiera, y repartía sus bienes entre los tres únicos vástagos que quedábamos, y que antes cito.

A mí me dejó dos acciones de minas, una casa de tres pisos bastante arruinada, y una buena hacienda, que distaba dos leguas de la población.

Todo se llevó á cabo conforme con la voluntad del finado y á los tres meses después de costarme un ojo de la cara, mis entrevistas con el notario y demás compañeros en la curia era yo absoluto dueño de mi herencia.

La mina de que tenía dos acciones, estaba en productos, que aunque pequeños, eran una ayuda que me vino como pedrada en ojo de boticario.

La casa conseguí venderla por lo que en concepto de los peritos valía, y su importe lo empleé en papel del Estado.

En la hacienda puse yo mi ojo derecho porque siempre había oído elogiarla mucho, y en efecto, era digna de aquel elogio.

Yo nunca había tenido ni un terrón, y por lo tanto no conocía el campo.

Mi tío la llevaba por su cuenta, y desde luego así pensé seguirla.

Tenía un casero que á su vez era administrador y el jefe que dirigía las faenas agrícolas.

Era este un hombre bastante rudo, si bien entendido en los trabajos de campo; gran conocedor de la gramática parda, y sobresaliente matemático para resolver problemas, en defensa de su bolsillo, cuyas preciosas cualidades he tenido después ocasión de ver, que son muy comunes entre toda esa gente educada al aire libre, y en las cocinas de las casas.

Desde el momento que el casero supo que yo era el nuevo dueño, puesto de etiqueta (la cual consiste en tirar la alpargata y calzarse unas botas de becerro), vino á verme.

Yo lo recibí sumamente afectuoso, y él puesto de sombrero y sin abandonar su garrote, con el cual parecía amenazarme, se sentó en la mejor silla que vió y allí tuve tío, es decir, hombre, dos horas y media hablándome de las vertientes de las viñas, de la necesidad de estercolar el tal y el cual bancal, etc., etc..... Yo de vez en cuando me levantaba, le decía si había algo más que hablar, si quería algo y á todo me respondía: *No señor, yo por mí... como el otro que dice por agora. Los tiempos soniendos*, hasta que yo no pudiendo más, le dije: «Pues amigo, tengo que hacer y me voy: ahí se queda usted.» Al ver que yo tocaba retirada, el hombre creyó llegado el momento y mirando al suelo, mientras que con el garrote me estreponaba una osita del piso, añadió á todo lo dicho, y como si en aquel instante se le ocurriera..... *Pues como el otro que dice, deme usted unos cuartos para la cava que ya debía estar concluida.* ¡¡Unos cuartos! esclamé yo algo sobresaltado, ¿y como cuantos?... *Toma* insistió el casero—*Como mil reales; puede que falte poco.*

Una puñalada al volver de una esquina hubiera sido una caricia comparada con la que me hizo este tío con sus mil reales, y á cuenta.

No quise inaugurar nuestra primer entrevista de mal modo, y ante esta consideración le dí los consabidos reales, no sin afectarme visiblemente al separarme de ellos para no volverlos á ver.

Yo creo que se me escapó alguna lágrima.

Pasaron ocho días y el que hacía nueve de que hice conocimiento con mi casero, préviaa entrega de cincuenta duros, se me presentó de nuevo en mi casa, en traje más de confianza, lindo en una manta de la que se descubozó al verme, con las alpargatas llenas de barro, el gran garrote y el sombrero de los días de trabajo.

Tal como lo pinto se entró en la sala y poniéndome la alfombra como nueva, se sentó en el sofá, reservado para grandes recepciones.

Al entrar yo y ver en aquel sitio la innoble facha de aquel animal, lo llamé apresuradamente haciéndole entrar en la habitación más mala de la casa.

Con frases palabras, rascándose el cogote y dando golpes en el suelo, y floreando sus palabras con algunos adjetivos carreteros, dio comienzo á sus cumplimientos, diciendo que no había venido su mujer porque estaba con la calentura, como si á mí me importara un pepino que la mujer y él y toda la familia más los vecinos por levante y por poniente reventaran de una vez y se fueran al mismísimo infierno.

Si señor: para disculpar á su Pepa como él llama á su mujer, hubiera empleado el día *si* yo viendo venir el chubasco no me hubiera puesto en pie y atajado sus razones con un elocuente «Adiós, me voy» que hizo al hombre abandonar las escusas de familia y acudir á lo único que lo había hecho salir de su casa.

—Pues ... mire V.... la cava está concluyendo como el otro que dice. Los jornales están muy *regatos*: menos de 12 reales ni un *chavo*... y el vino bueno y abundante.